

Voces latinas en Montreal

Elena, Martha e Irma cuentan

Relatos de vida recogidos por Monique Sarfati-Arnaud

TINKUY

BOLETÍN DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE
N° 2 – Otoño 2005

Director

Juan C. Godenzzi

Colaboradores de edición

María Mercedes Correa

Daniel Sánchez

Introducción

¿Cómo creer que el fotógrafo no estuvo presente como parte del evento fotografiado?

Subcomandante Marcos
Los del color de la tierra
Textos insurgentes

Entrevista de Marta Bulnes con Monique Sarfati-Arnaud

Marta Bulnes (MB): Debería comenzar preguntándote cuándo y por qué te interesas en el género testimonial.

Monique Sarfati-Arnaud (MSA): Mi interés por este género surge del estudio de la obra del escritor salvadoreño Manlio Argueta y de la constatación de su filiación con la modalidad testimonial. Estudié varias de sus novelas; entre éstas, *Un día en la vida*, *Cuzcatlán donde bate la mar del sur* y *Milagro de la Paz*. Recuerdo una conversación que sostuve con Argueta, en la que se mostró reticente a que yo asimilara su obra narrativa a la recién llamada "Literatura testimonial". Era claro que para él eso significaba rebajar su obra a un género menor, a lo que algunos llaman, no sin cierto desprecio, "literatura de combate". Con el auge de este género en las últimas décadas del siglo XX y su recuperación por autores consagrados como García Márquez, Vargas Llosa, Poniatowska y otros, Argueta aceptó la clasificación de su obra en el nuevo género, ya que lo que se había considerado como marginal ocupaba ahora un nuevo espacio.

Como dije en otra ocasión, la emergencia de este género, dentro de la diversidad de prácticas discursivas institucionalizadas, replanteaba la tensión que existía entre culturas populares y culturas eruditas, entre la oralidad y la escritura, y obligaba al ámbito literario a redefinir los mecanismos por los cuales se establecen sus fronteras. Tal surgimiento obligaba a su vez al discurso crítico a revisar la rigidez de sus posiciones y a tomar conciencia de la movilidad compleja de los enmarcamientos. Desde esta perspectiva, la literatura testimonial representaría una voz que cuestiona un orden institucional discursivo y lo provoca a establecer una reterritorialización. Se creaban así las condiciones para que la voz de esa "otra" literatura fuera escuchada y enriqueciera la reformulación, por lo menos en América Latina, de su identidad cultural.

En mis trabajos posteriores me dediqué al estudio crítico de obras testimoniales, cuyo proceso de producción incluye dos instancias de enunciación: el sujeto testimoniante y su interlocutor o mediador, quien solicitó la entrevista para luego editarla.

En este trabajo quise dejar de un lado la teoría del discurso testimonial para pasar a la práctica; o sea, ser a mi vez la interlocutora de una(s) persona(s) entrevistada(s) y así vivir desde dentro las dificultades del proceso de producción.

MB: ¿A qué se debe tu interés en producir un libro sobre mujeres y cuáles fueron tus criterios para seleccionarlas?

MSA: Mi idea era entrevistar a mujeres de origen hispanoamericano que vivieran aquí, en Montreal, y que tuvieran la ciudadanía canadiense. Antes que todo, yo quería romper el modelo estereotipado que se tiene de la mujer hispanoamericana como un sujeto culturalmente sumiso, dependiente económicamente de su esposo, y que además tiene que enfrentarse a la barrera del idioma extranjero que no domina.

La elección de estas mujeres no me creó mayor problema, por lo menos en el caso de dos de ellas, ya que

las conocía desde hace muchos años. Nunca pensé, como un colega me dejó entender, que podría ser un obstáculo para mi proyecto haber tenido con ellas una relación de patrona a empleada. No, porque esas mujeres ya no trabajan conmigo y, además, no hemos dejado de estar en contacto, nos hablamos con frecuencia y cuando pueden pasan a visitarnos o también vamos a su casa.

MB: Y, según entiendo, mientras trabajaron con ustedes establecieron una relación diferente a las habituales. ¿No es así?

MSA: Sí, efectivamente. Su presencia en la casa ha sido muy importante para nosotros, eran otros miembros de la familia. Además, de cierta manera, compartíamos algo de su situación, éramos inmigrantes como ellas sin más familia que la que íbamos creando, y con cierta barrera cultural... por el hecho de provenir del viejo continente. Así que cuando les planteé mi proyecto no opusieron ninguna resistencia; más bien, percibí cierto orgullo de su parte al ver que las involucraba en mi trabajo académico. El único problema era la programación de las entrevistas, ya que las dos tienen sus ocupaciones. Para ellas era natural desplazarse hasta mi casa, aunque yo les propuse ir a las suyas. Pero como la casa les era familiar, les resultó más cómodo y, en los dos casos, nos instalamos a trabajar en la cocina, como solíamos hacer en otras ocasiones.

Lo que me importaba era que una fuera mexicana, para representar América del Norte, la otra, siendo de Guatemala representaría América Central. En cuanto a la tercera, que tenía que representar América del Sur, yo había pensado en una peruana con quien no tenía la misma relación que con las otras dos, pero cuya trayectoria me interesaba sobremanera. Se trata de una chamana, con quien he tenido la ocasión de encontrarme varias veces. En esas oportunidades, pensaba, bueno, esa mujer tiene muchas cosas que decir, tiene una personalidad muy fuerte y sería interesante entrevistarla. Cuando le presenté el proyecto me dijo que sí, que iba a ser una cosa bonita... Pero, después de varias citas fallidas que me dio, porque en su caso yo iba a verla, tuve que renunciar. Ella siempre tenía una excusa para justificar su indisponibilidad, y como yo era la que solicitaba, tenía que aceptar y esperar a que me diera otra cita; finalmente, dejé de empeñarme en querer incluirla en mi libro... Además, una conocida suya un día me dijo que sería mejor que me olvidara de ella, porque no se atrevía a decirme que no podía. Es que esa mujer, por pertenecer al mundo de lo mágico-religioso, no puede ser captada, no puede enfrentarse con su propia imagen. Me acordé entonces de la vez que quise sacarle una foto y de su reacción: me miró como si le hubiera faltado al respeto y me dijo que no, que no quería.

MB: Y ¿qué imagen podrías haber reflejado en el testimonio si el chamanismo está siempre equilibrándose entre el bien y el mal? ¿Cuál habría sido su imagen? ¿La ambigüedad? También es probable que haya temido quedar situada sólo en uno de esos polos...

MSA: Quién sabe. Aparte de eso quizás, sencillamente, el miedo a tener problemas legales con la administración de aquí...

MB: Ella representaría entonces un pequeño fracaso en este testimonio...

MSA: Sí, es una informante que me falló. A pesar de que un día me tiró las cartas y me preguntó acerca de qué era lo que quería saber. Entonces le dije que me interesaba saber si la iba a integrar en mi libro. Se puso a reír, miró las cartas y me dijo que sí.

MB: Y, en realidad, en este momento está siendo integrada...

MSA: Es cierto, acertó, ahora sí la estoy integrando, aunque sólo marginalmente como probablemente quería ella.

Poco después, alguien me recomendó a otra peruana que yo no conocía. Para mí, esa sería una experiencia muy diferente de las otras dos. En varios aspectos, pero, ahora que la conozco bastante, prefiero hablar de los puntos comunes entre esas tres mujeres y luego volver sobre las diferencias; y la

diferencia con la tercera, en particular.

Como decía, a Elena (la mexicana) y a Martha (la guatemalteca) las había escogido porque quería romper con el estereotipo de la mujer latina. En efecto, ambas tienen una fuerza de carácter magnífica aparte de ser mujeres muy ambiciosas, de tener mucha determinación, mucha fe y amor hacia el prójimo y de ser muy independientes. Muy pronto pude constatar que la tercera, Irma, compartía con las anteriores esas mismas cualidades.

MB: ¿De qué manera expresan su amor hacia el otro?

MSA: Martha, por ejemplo, a lo largo de su testimonio se presenta como una pastora evangélica, como alguien que saca a los demás de apuros y, por cierto, la gente le tiene mucha confianza y respeto. Elena, desde niña, ha trabajado con enfermos, con gente con muchos problemas; aquí lleva más de quince años trabajando con sacerdotes ancianos que acompaña hasta su última morada. En cuanto a Irma, desde muy joven se ha dedicado a la lucha social.

MB: ¿Cómo ves su independencia?

MSA: Diría que las tres lograron no depender del esposo (o de un compañero ya que Elena nunca se casó) como suele ocurrir en América Latina. Al contrario, ellas han actuado en su vida como verdaderos jefes de familia. Pienso que esa libertad les ha permitido revelarse a sí mismas, tener confianza en sí para ir adelante y lograr sus objetivos.

MB: Ahora, esa fuerza de carácter y esa independencia, por lo que he leído en el testimonio, se expresan con especial respeto hacia el marido, ellas tienen voz y capacidad de decisión, pero no anulan al hombre.

MSA: Es cierto, sobre todo en el caso de Martha. Recuerdo que un día le hice ver que a pesar de estar casada desde los dieciocho años casi no hablaba de su esposo. Ella me contestó que desde el principio era la que organizaba todo en la casa y la que manejaba el dinero; sin embargo, me explicó que para ella era muy importante respetar la jerarquía familiar, es decir que la mujer tiene que preguntarle siempre al esposo si está o no de acuerdo con sus decisiones. Y Martha siempre ha cumplido, aunque haya tenido a veces que recurrir a ciertas estrategias para lograr lo que quería.

MB: Ella se gana su independencia.

MSA: Claro, totalmente. El caso de Elena es diferente porque siempre estuvo sola para decidir. Incluso me confesó que hoy día es incapaz de recibir órdenes de un hombre. Sólo puede convivir con su hijo y aun con él le cuesta a veces.

En cuanto a Irma, diría que pertenece a otra generación: cuando todavía vivía con su esposo y era la que hacía todas las gestiones para salir adelante, si él no estaba de acuerdo con una decisión suya, en vez de someterse le hacía ver que también ganaba su plata y que la podía gastar como le daba la gana. Ahora que vive sola con sus hijos ya no tiene esa presión encima.

MB: ¿Incide o no en las entrevistas tu relación con las dos informantes más próximas? ¿Cómo viviste tú esas entrevistas?

MSA: Para mí fue una experiencia muy enriquecedora, que a la vez me hizo descubrir aspectos de su personalidad que no conocía y también me hizo reflexionar sobre mi propia trayectoria, ya que he compartido lo cotidiano con dos de ellas durante muchos años. La confianza que depositaron en mí, al entregarme su intimidad, me conmovió mucho y reforzó los vínculos afectivos que ya compartíamos. Si bien conocía su fuerza interior, ahora las aprecio todavía más.

Se me había borrado de la mente cómo llegaron a este país. Cuando volví a escuchar estos episodios tan fuertes de sus vidas y luego su recorrido a lo largo de los años, tuve la impresión de estar frente a

verdaderos personajes de ficción.

Con Elena, a quien mejor conozco, se ha ido creando con el tiempo una verdadera relación familiar, realmente íntima, como si fuera una hermana, probablemente por haber vivido juntas momentos difíciles. Pero quizás algunos de ellos no fueron tan importantes para ella, como es el caso del incendio que ni siquiera menciona en su testimonio. Ella vivió unos años en la casa, lo cual significaba compartir nuestra vida. En noviembre del 78 tuvimos un incendio. Ocurrió de noche. Dormíamos todos. Mis hijos eran unos bebés. A Elena la despertaron como unos estallidos cerca de su cuarto. Cuando decidió levantarse para ver lo que pasaba vio que había llamas en el taller y subió para despertarnos. Nunca olvidaré la manera como nos avisó: "Señor Patrick, señor Patrick, creo que hay un incendio abajo". No parecía asustada. Sin embargo, al escuchar su voz salté de la cama y llamé a los bomberos, mientras mi esposo bajaba a ver qué pasaba. Sólo pudo constatar que efectivamente había un incendio abajo y que era una cosa grave, ya que al lado estaba el tanque de aceite que podía inflamarse. Los bomberos acudieron en seguida y nos hicieron evacuar la casa, mientras afuera hacía un frío del demonio. Tuvimos que sacar a los niños todavía dormidos que sólo envolvimos en mantas. Los vecinos despertados por los faros giratorios del coche de los bomberos nos acogieron lo que quedaba de la noche. Elena nos había salvado la vida. El incendio afectó algunas piezas de la parte de abajo pero el humo invadió toda la casa. Al día siguiente tuvimos que volver a nuestras actividades con el gran susto adentro. Pero a la semana de haber vivido el incidente, Elena tuvo un ataque de nervios y la llevamos al hospital. El periódico del barrio mencionó el incendio de nuestra casa y es probable que eso fuera lo que le hizo tomar conciencia del peligro al que habíamos escapado gracias a ella.

Yo nunca había visto llorar a Elena... Lloró mucho durante las entrevistas, hasta me pidió varias veces que detuviera la grabación. Lo que contaba me conmovía mucho, pero como soy una persona que no sabe llorar me sentía mal al ver cómo ella lloraba; hasta le tuve que pedir perdón, justificarme por no llorar con ella. Todo eso crea un ambiente especial, pues yo también le entregaba parte de mi intimidad; éramos dos seres humanos compartiendo muchas cosas y deseando construir algo juntas. Me parecía importante que un día su hijo pudiera leer la historia de su madre. Cuando yo hablo con su hijo le digo "tú sabes que tienes una mamá extraordinaria" y la última vez que se lo dije, me contestó que sí, sabía. Su respuesta me tranquilizó porque Elena tuvo muchos conflictos con su hijo.

MB: Insisto en lo mismo, a tu juicio no existió la barrera entre el superior y el empleado.

MSA: No, honestamente pienso que no han sentido esa barrera de superior a empleada. Si bien yo dirigía la entrevista, ellas podían parar la grabación cuando querían, decidir volver a un tema o decirme que preferían hablar de tal asunto otro día. Cuando Martha prefirió sacar frases que hubieran podido herir a ciertas personas, me pareció muy pertinente y las borré. Lo mismo ocurrió con Irma. Para mí esas intervenciones tuyas son la prueba de nuestra interacción, de una colaboración abierta.

MB: En lo que acabas de contar acerca de Elena, observo un dato importante; te sorprende que no recuerde el incendio en su narración y dices que ella toma conciencia del incendio cuando descubre que ha salido en el periódico. Eso tiene relación, a mi entender, con lo que tú estás haciendo: colocar su vida enfrente de ella. En el caso del incendio, "ve" el riesgo cuando aparece publicado, escrito.

MSA: Es cierto, pero yo también he reaccionado así cuando leí el artículo en el periódico. Pienso que es el proceso normal después de un golpe fuerte. En un principio uno no piensa, sólo actúa y luego, al darse cuenta de lo grave que fue, se asusta retrospectivamente. Lo que tú subrayas es que el texto escrito tiene un efecto legitimizador sobre la palabra.

MB: Además tú has dicho: "Yo quería que su hijo..."; en el presente testimonio la revelas como sujeto histórico que deja huella y por el hecho de estar "impresa" ésa se muestra y permanece.

MSA: Pienso que las tres vieron en estas entrevistas una manera de hacer un balance de su vida. Narrar es recordar. Lo interesante es que las tres han vivido cosas muy fuertes y son conscientes de que esos momentos difíciles las ayudaron a crecer y seguir adelante. Las tres son mujeres muy determinadas. Y me parece normal que sientan orgullo por lo que han hecho y que quieran compartir su experiencia para alentar a otras mujeres. Por eso vieron la publicación de su testimonio como una oportunidad quizás única para ellas.

MB: ¿Qué espera Elena del testimonio?

MSA: Dejar huellas para su hijo y para los hijos de su hijo. Pero también para todas sus primas y sobrinas que viven en México...

MB: Tomar visibilidad...

MSA: También, claro, porque Elena no es de escritura, es más bien verbal; me impresiona su lógica, su manera de hacer introspección y de hablar de sus numerosos proyectos. Entonces, como ella no puede contar con la escritura, creo que lo que espera de este trabajo es que deje una huella escrita de su experiencia para que su hijo descubra aspectos de su madre que desconocía, aquello que se reservaba por pudor de madre.

MB: ¿Y en el caso de Martha?

MSA: El caso de Martha es algo distinto. Martha estuvo en casa hace poco y le propuse leer su testimonio. ¡Ella feliz porque se había olvidado las gafas! Fue una experiencia muy interesante para mí. Mientras yo leía, podía ver en su cara la satisfacción del resultado. A veces, le notaba la emoción y hasta le volvían a salir las lágrimas en los mismos pasajes que cuando me los contaba. Aprobaba la lectura y me decía "¡Uh!... ¡cuando lea la gente esto!". Y hacía el gesto de que mucha gente iba a adherirse a su religión. Y era muy gracioso porque es lo que más le interesaba... realmente atraer a nuevos feligreses para su parroquia.

MB: Ella es una pastora de "conciencias".

MSA: Exacto. Y como en su testimonio da varios ejemplos de sus logros, probablemente vio allí la posibilidad de hacer cierta publicidad...

MB: Ese sería su principal objetivo, no tanto su visibilidad familiar, digamos.

MSA: Creo que sí. Martha está totalmente involucrada en su papel de pastora y lo que la gente espera de ella. Siente que tiene una misión que cumplir y lo demás no importa tanto.

MB: De ahí que hayas respetado su voluntad y cedido tanto espacio a lo religioso; en ese sentido, has tenido que amoldarte a sus objetivos.

MSA: Es que todos los temas que abordábamos acababan invariablemente en torno a su fe; desde su infancia hasta su llegada aquí, en Montreal. Para ella todo era la obra de Dios. Así que no tuve otro remedio que entrar por esa vía en la intimidad de Martha.

MB: Y su energía viene de Dios.

MSA: Totalmente. Y esa omnipresencia de Dios en su discurso le da mucha fuerza.

MB: ¿Cómo fue la relación con Irma durante las entrevistas?

MSA: La amiga que nos puso en contacto me comunicó que Irma no veía el interés de contar su vida, puesto que no había hecho nada extraordinario. Sin embargo, aceptó que nos encontráramos. En su caso, yo fui a su apartamento. Me acogió con un lindo niño de cinco meses en los brazos, quien contribuyó a romper el hielo, dado que tenía que darle el pecho y estar pendiente de él. Entre dos tomas le explicaba mi proyecto y ella, muy atenta, se entusiasmó al ver que yo quería ofrecer otra visión de la mujer hispanoamericana. Se sentía parte de ese grupo de mujeres con fuerza de carácter y decisión, o sea todos esos puntos que ya mencioné.

MB: Decías que Irma posee una enorme facilidad de palabra...

MSA: Enorme. Curiosamente, ella fue la menos inhibida de las tres aunque no me conociera. Como si estuviera preparada para este tipo de encuentro. En ciertas ocasiones le fallaba la memoria para algunas fechas, pero yo sentía que tenía un gran deseo de contarme su recorrido; a veces, sus propias respuestas a mis preguntas le sorprendían y así, poco a poco, se entusiasmaba por esa corta aventura que vivíamos juntas. De las tres mujeres entrevistadas es la más joven, tiene unos cuarenta años, pero parece mucho menor.

MB: ¿Pertenece al mismo grupo social?

MSA: No. Irma pertenece a otra clase social. Ella sí pudo estudiar en la universidad, en Lima. Durante las entrevistas pude observar con qué facilidad salpicaba su discurso de palabras en inglés o en francés. Además, por la educación que recibió y por sus experiencias personales, se abrió muy pronto hacia los marginados. Viajó mucho dentro y fuera de su país y no tardó en involucrarse en la lucha social. Su testimonio me sirve de contrapunto de los otros dos.

MB: En ese sentido, es la que está más cerca de tu proyecto...

MSA: Yo no diría eso, porque lo que buscaba al principio era más bien mujeres que no habían estudiado, pero que sí habían sabido salir de apuros. Buscaba a personas que provenían de un estrato social modesto y que habían ascendido de nivel social por sí mismas.

MB: Sin embargo, tú aspirabas a reubicar a la mujer hispanoamericana en el imaginario de esta sociedad, lo cual coincide con el propósito de Irma al entregar su testimonio; en un caso, estimo que se trata de un objetivo más universal y en el de las otras pareciera más personal, sea familiar o religioso.

MSA: Puede ser, aunque gran parte de su testimonio está centrado en su historia personal y su voluntad de ganar su independencia. Me interesaba también mostrar hasta qué punto la mujer hispanoamericana puede o no integrarse a otra cultura; en este caso, la cultura quebequense. Pienso que Elena e Irma lo lograron mientras que Martha quedó muy arraigada a su cultura. Ha recreado en Montreal una micro sociedad centroamericana, a través de su iglesia evangélica a la que acuden salvadoreños, nicaragüenses, hondureños, panameños, guatemaltecos y hasta cubanos. Desafortunadamente, Martha nunca logró hablar francés, ni inglés; sólo se desenvuelve en español. Sin embargo, su gran orgullo es que sus hijos, pero sobre todo sus nietos, hablan los dos idiomas y se sienten totalmente integrados en el Quebec. Ella dice que ha logrado integrarse a través de sus nietos, de su descendencia.

MB: Respecto de las entrevistas, propiamente, ¿trabajas con pautas de preguntas previas o privilegas la conversación?

MSA: Para las tres había preparado un "dossier" con preguntas, pero siempre una pregunta integra otra, así que a veces me daba cuenta de que la segunda pregunta ya la habían contestado y tenía que pasar a otra. Bueno, yo no soy experta en entrevistar a la gente, así que ha sido una ocasión para darme cuenta de ciertos defectos. Por ejemplo, en el caso de Elena y de Martha, durante las transcripciones observé que yo intervenía demasiado y que las interrumpía para completar lo que iban a decir, quizás por conocerlas tan bien. Cuando veía que Elena no encontraba las palabras, sobre todo al principio, la ayudaba, pero luego me daba cuenta de que perdía el hilo por culpa mía.

Las entrevistaba el día que les convenía mejor, yo me ajustaba a su horario. Tanto Elena como Martha solían llegar a las nueve de la mañana y en seguida nos sentábamos a trabajar. En ambos casos, nos reunimos en cuatro oportunidades y grabé como cuatro casetes, de 90 minutos, con cada una. Yo grababa y tomaba notas; cuando sentía que estaban cansadas, parábamos y preparábamos la comida. Luego empezábamos de nuevo y como a las 4 ó 5, las acompañaba hasta la estación de metro. A veces, al mediodía, no querían interrumpir la sesión, no tenían hambre y quizás temían perder el hilo o el interés...

Querían seguir contando y era yo la que no aguantaba el hambre y pedía que hiciéramos una pausa. Pienso que el testimonio de Elena fue el que más me hizo pensar. Compartíamos muchos recuerdos y no siempre coincidíamos; es bastante revelador escuchar la versión que otra persona tiene de un mismo acontecimiento cuando han pasado tantos años.

Con Irma fue distinto porque sólo me podía dar una hora, dos horas como máximo, lo cual es poquísimo. Entonces salía de su casa un poco frustrada porque pensaba que nunca íbamos a acabar. Irma respondía a mis preguntas con una profusión de detalles asombrosa.

MB: ¿Qué puedes decir respecto de las preguntas? Quizás funcionan esencialmente como estímulos... como una invitación para establecer la conversación...

MSA: Sí, de cierta manera sirven para abrir el camino y luego para que no se pierda el hilo conductor.

A las tres les pedí que empezaran por su llegada a Montreal, un momento muy fuerte para todas. Luego les hacía preguntas sobre su infancia, su vida en su país de origen y a medida que me contaban veía ciertos puntos en común, como por ejemplo el hecho de que las tres hayan vivido en el campo y que tengan una entrañable relación con la naturaleza. Elena, en el valle de Toluca, cerca de México; Martha en el sur de Guatemala; Irma en la zona de Cuzco, de Anta. Así que las tres tienen recuerdos casi similares, sus paseos a caballo con el abuelito, sus experiencias con animales; a veces yo pensaba que alucinaba y que cuando Martha o Irma me contaban algo, ya lo había escuchado de Elena.

MB: Al mencionarte lo de las preguntas, estaba pensando en el método, que no es rígido; una pregunta, establece el hilo conductor y le ofrece la palabra, la invita a hablar con esa pregunta; pero, luego, la informante no sólo responde a “esa” pregunta, sino que amplía su relato y se produce una suerte de caos conversacional, hasta que después de no sé cuánto tiempo tienes que volver a insertar ese hilo conductor, que es la pregunta. De manera que el método no es tan estable, como lo enuncia la teoría; en la práctica, no sucede así.

MSA: No, por supuesto. Hay que ser flexible y dejar a la persona que goce al entregar sus recuerdos. Luego, cuando se hace la transcripción, a veces se encuentran incongruencias y hay que aclararlas con ellas. Pero pude comprobar que necesitan ese hilo conductor, que las obliga a volver a la estructura fijada por mí.

MB: Otro aspecto que deberíamos abordar se refiere al denominado “pacto de veracidad”. El cual, en mi opinión, corresponde a “su” verdad, a la del testimoniante.

MSA: Exactamente. Y cuando se trata de recordar el pasado, uno lo hace a partir de su imaginario, de lo que su mente quiso grabar y lo que cuenta es esa visión de las cosas. Por ejemplo, sé que si les recuerdo a mis hermanos algo que me ha impactado, me pueden decir que no se acuerdan y hasta que me lo he inventado, aunque no sea así. Cada quien va reconstruyendo su pasado a partir de elementos que considera muy importantes.

Recuerdo que en el caso de Irma, su mamá estuvo de visita en su casa por una buena temporada; Irma aprovechó para hacerle leer el texto, no sin cierta aprehensión porque iba a descubrir cosas que ignoraba. La madre lo leyó y lloró de punta a punta. Lloró porque no imaginaba que su hija pudiera haber sufrido tanto en cierta época de su vida. Pero en cuanto al pasado, notó ciertos errores que cometió Irma, como confundirse entre el abuelo y el bisabuelo. Para Irma eso no tiene ninguna importancia, mientras que para su madre, aunque se trate del suegro, sí es grave. Es cierto que desde el punto de vista sociohistórico importa saber cuándo ocurrió lo que se está contando.

MB: ¿Qué te ocurre a ti mientras haces las entrevistas o cuando estás transcribiéndolas y observas cosas que te parecen fantasías o fabulaciones? ¿Te sucedió en algún momento?

MSA: A veces sí, como en el caso de Elena, cuando habla de su infancia y recuerda haber estado con su abuelo en la casa de un amigo, en una finca, y que, de repente, llega una serpiente, *mazacuate*, que tiene dos cabezas... Viendo su insistencia en afirmar que la serpiente tenía dos cabezas, tomé notas de lo que decía. Y posteriormente aproveché mi viaje a México para preguntar por esa serpiente. Se trata de una serpiente que cuando se da la vuelta, como tiene puntas en el cuerpo, parece que tuviera dos cabezas. Pero es bonito porque Elena, cuando tuvo el gran susto, tendría unos cinco años y para ella era su realidad. Si le dijera a Elena que he averiguado, pienso que rompería con el encanto que permite el recuerdo.

MB: Claro, además esa serpiente cumple una función en el mundo sagrado y cultural, que no hay derecho a rebatir. ¿Hubo otros episodios con las informantes en que tuvieras que recordar el pacto de veracidad?

MSA: Lo que veo es que hay pequeños fallos en los testimonios de las tres, pero me parece normal porque no son historiadoras y no se han preparado para las preguntas que les hice. Por ejemplo, Irma, cuando habla de los años ochenta y le pregunto quién estaba de Presidente, ella tiene un blanco total, no se acuerda. Cuando le pido a Martha que me aclare sobre la situación política en su país cuando ella se va, no sabe qué decirme, no recuerda cómo se llamaba el Presidente, sólo sabe que la situación era peligrosa. Luego me dice que, en realidad, el que estaba en peligro era su esposo. Ahí sí que tengo mis dudas, no estoy segura del papel que tuvo su esposo, yo creo que Martha transforma un poco la realidad.

MB: Pero volvemos a lo mismo, es una verdad necesaria en su discurso sobre la memoria, fue indispensable tal vez para aventurarse al Quebec, coherente con esa época.

MSA: Sí, tienes toda la razón. Y también porque después de tantos años de vivir aquí, ella tiene otra visión de su país. Recuerdo que cuando ella me hablaba de los "indiecitos, pobres indiecitos", yo me reía y le decía, "pero, Martha, usted se ha mirado en el espejo, usted es zamba, usted con ese pelo tan bello que tiene"... Su pelo no es un pelo indígena, su pelo es más africano, rizado, su nariz es más africana, pero sí tiene también rasgos indígenas. Así que "usted se distancia de esos pobres indiecitos, pero usted lleva su sangre, tanto de ellos como de los africanos", y le decía "pero es esa mezcla la que hace su belleza de usted". Entonces se reía. Cuando ella viajaba a Guatemala, le pedía que me comprara trajes típicos, huipiles bordados. Y cuando regresaba me decía "Yo jamás en la vida he comprado cosas así, yo no sabía que había un interés en valorar ese tipo de vestimenta". Ahora la escucho y veo que su mentalidad ha cambiado bastante y aprecia mucho más la cultura de su país.

MB: ¿Qué podrías decir respecto de los contextos en que se desarrollan las entrevistas?

MSA: Yo diría que la cocina es un lugar que tanto para Martha como para Elena es muy familiar. Un espacio que habían hecho suyo cuando trabajaban en la casa. Pero un lugar también de gran complicidad conmigo, donde pasábamos largos ratos charlando de todo. A Martha le recordé un episodio que ella me había contado y que yo quería que me volviera a contar. Ella no le daba tanta importancia, porque era un episodio que no pertenecía a su mundo religioso. Cuando Elena habla de su familia, por ejemplo, yo ya sé cómo se llaman. En México conocí a toda la familia de su tío y su primo, el doctor, me recetó algo para un dolor de garganta. Eso crea indudablemente un clima de confianza entre nosotras, sólo entre nosotras. Porque si alguien llega y nos interrumpe como ha ocurrido dos veces, entonces callan hasta que la persona se vaya. No quieren seguir la conversación porque no se puede compartir con una tercera persona.

MB: Eso me parece esencial, la privacidad de la entrevista. En la entrevista no cabe un tercero. Y es paradójico, pues el propósito de esa entrevista es su divulgación. Pero mientras se la recoge es secreta, íntima.

MSA: Son secretos, hay un pudor inmenso al confiarme cosas personales, íntimas...

MB: Naturalmente, pero es sólo una característica de la entrevista; luego, esos secretos se hacen públicos...

MSA: Sí, pero ya no es su voz, ya es la escritura, y ellas son mujeres de la palabra... La escritura me pertenece más a mí que a ellas. Y ellas saben que yo voy a limpiar, a remendar, a cortar, a hermostrar... Ellas lo saben.

Decía hace un rato que cuando le leí su texto a Martha, yo la sustituí, no le dije “Martha, léalo”. Mi voz era la suya en ese momento. Yo notaba su orgullo mientras leía, cómo le brillaban los ojos de satisfacción. A pesar de todos los cambios que hice, ella se reconocía y era lo que importaba. Yo creo que hay como una sustitución, en ese momento, y que luego el libro no va a ser el libro de una, sino el libro de tres y quizás de cuatro, si yo me integro.

MB: Recordando la polémica del testimonio de Rigoberta Menchú, ¿te parece que se debe pulir, remendar, etc., el discurso de las informantes?

MSA: Creo que si uno no pasa por esa etapa, el texto queda ilegible y el lector pierde el interés. No se puede exigir del lector la misma paciencia que tendrá un gestor. Una cosa es escuchar y otra es leer; las estructuras agramaticales, las repeticiones se vuelven muy pesadas. Yo creo que por respeto al lector hay que borrar todo lo que distorsiona el discurso. Así que no creo que sea algo que no se debe hacer.

MB: Pero hay una discusión al respecto...

MSA: Sí, la hay. Quien penetra en el terreno del testimonio no ignora que está lleno de trampas, desafíos y tensiones. Ojalá no tenga yo nunca problemas con mis informantes...

MB: En mi opinión, si ellas reaccionan positivamente ante la lectura del texto final significa que se reconocen y que lo validan como propio.

MSA: Además en las conversaciones yo intervine mucho, pero en el texto final eliminé mis intervenciones porque sólo servían para orientar el diálogo. Aquí también se podría decir que hubo manipulación, ya que las entrevistas se vuelven autobiografías... Pero si bien es cierto que borré mis intervenciones, mi presencia se evidencia cuando ellas me interpelan. En algunos casos, no me he borrado del todo, es como un guiño para que el lector vea que no se trata de monólogos.

MB: ¿Podrías señalar dificultades especiales en las transcripciones y edición?

MSA: La transcripción de una grabación es un trabajo largo y arduo que exige mucha concentración, sobre todo al principio cuando uno tiene que familiarizarse con la voz y el habla del informante. Aquí se trataba de tres informantes, lo que significa mayor esfuerzo de adaptación todavía. La transcripción integral de cada entrevista constaba de unas ciento veinte páginas y después del trabajo de edición sólo quedaban unas setenta.

Cada etapa del trabajo tenía sus dificultades. Desde el principio, cuando escuchaba hablar a Elena, a Martha o a Irma, anticipaba los problemas que tendría en la transcripción de las grabaciones y luego en la edición. A menudo se perdía la voz de Irma con los llantos de su hijo y no me atrevía a pararla para no cortar su inspiración. También, cuando querían confiarme algo que les parecía muy importante, solían bajar el tono de su voz al punto que luego no se podía captar nada. Frustraciones obligadas del transcriptor...

He conservado los casetes de las grabaciones y también las transcripciones integrales a partir de las cuales he sacado el texto final. En varias ocasiones he tenido que recurrir a ellos para aclarar datos.

MB: Es fundamental porque a menudo se produce un desconocimiento de las informantes ante ciertas expresiones de sus testimonios. En el caso de Irma y su madre, si tú no tienes las transcripciones y los casetes, la madre podría decir: “Esto nunca fue así. ¿De dónde lo sacó?”.

MSA: Sí, es cierto. Lo interesante fue cuando Irma leyó su texto, porque fue la única que lo hizo. Su reacción fue decirme: “¡Qué presumida! ¿verdad?”. Y era muy interesante porque así la percibía mi asistente, que es quebequense, mientras yo la defendía. Para mí era una mujer latina que había luchado mucho para ser respetada como mujer y me parecía natural que sintiera orgullo por lo que había logrado. En ningún momento Irma dudó de que lo escrito no correspondía con lo dicho. Puedo decir que las tres reivindican su discurso y están satisfechas con su trayectoria. Todas las dificultades por las que han pasado, todo lo que han vivido hace parte de la construcción de su individualidad, de su personalidad.

MB: Para terminar sería interesante saber por qué eliges ser entrevistada.

MSA: Quizás porque, a pesar de la carrera universitaria que hice, a pesar de mis investigaciones sobre literatura testimonial en Hispanoamérica, necesitaba por una vez ponerme en el lugar del entrevistado. Ya que el libro es el resultado de unas entrevistas, me pareció normal que la introducción se presentara también como una entrevista, un diálogo con mi interlocutora. Y como tienes bastante experiencia en la producción de testimonios en América Latina y que tú también eres una mujer hispanoamericana, me pareció pertinente que jugaras el papel de entrevistadora.

MB: Y, si no me equivoco, tu opción es original, pues hasta ahora nunca he visto que la entrevistadora del testimonio asuma el papel de entrevistada en la introducción de su trabajo.

MSA: En efecto, en general las introducciones suelen ser un balance personal del trabajo del gestor, quien también presenta el método escogido y los problemas encontrados.

MB: A mi juicio, al ofrecerte como informante, haces un gesto que revela por sí mismo aquella horizontalidad que mencionabas respecto de tus relaciones con Martha y Elena. Y que sin duda también se dio en el caso de Irma. Asimismo, has experimentado lo que ellas sintieron cuando eran interrumpidas por la presencia de terceras personas; nosotras también hemos cuidado el secreto de la entrevista al detener la grabadora...

MSA: Y también nos encontramos en la cocina... el mejor espacio para facilitar una conversación más bien informal.

MB: Además, existe una relación de amistad, u horizontalidad, como la hemos llamado aquí, aunque de muchísimo menos tiempo.

MSA: Pero a la vez puedo experimentar las mismas sensaciones de estrés que mis informantes, porque cuando dices que estamos en una posición de igualdad, yo sé que tú tienes la experiencia de trabajar con el testimonio, sé que has publicado y eso me pone en una posición que hasta ahora desconocía.

Frelighsburg, 25 de junio de 2005.